# La noche de los muertos vivientes

Publio Cornelio Escipión

# Capítulo 1

La noche de Halloween llegó como llega el metro cada pocos minutos, de manera rutinaria. Ramón pasaba la tarde como cada día, frente a la pantalla del ordenador. Hace un mes cumplió 20 años y se prometió a sí mismo que iba a cambiar de vida, pero allí estaba, frente a una pantalla un viernes por la tarde, mientras el resto de los chavales de su edad celebraban con amigos la noche de los espíritus.

Ramón nunca había sido un chico demasiado sociable. Bullying en el colegio, excluido de todos los grupos, pasaba horas en casa, nunca había tenido novia... el perfil típico de un perdedor. Actualmente estaba comenzando el tercer curso de su carrera universitaria de Derecho y, si bien algunos compañeros habían hecho pequeños esfuerzos para integrarlo, estos habían resultado infructuosos. A menudo estaba callado cuando estaba con gente, ya que no sabía ser sociable o tener conversación, e incluso había escuchado a sus espaldas que sospechaban que padecía autismo.

Es por eso que aquella noche de Halloween, en la oscuridad de su habitación, tuvo una idea desesperada. Decidió buscar en facebook por fiestas de Halloween que se celebraran en su ciudad. Hubo una que le llamó especialmente la atención: fiesta privada, abierta para todo el mundo, en un pequeño apartamento en un edificio. Ramón pensó que aquella era la opción ideal para él, ya que siempre había sido poco sociable, y un ambiente cerrado en el que se pudiera hablar con otras personas podría ayudarle.

Decidido, se presentaría en aquella fiesta y conocería gente. Con suerte, tal vez hubiera alguna otra persona introvertida como él y pudiera entablar amistad. Así pues, Ramón se vistió con sus mejores vaqueros, su mejor camisa, y salió por la puerta en dirección a aquella fiesta.

Tardó aproximadamente veinte minutos en llegar, pero finalmente allí estaba, frente al edificio indicado en la página de facebook. Una vez allí, la ansiedad se apoderó de él. Dio dos vueltas al edificio, mientras pensaba si debía entrar o no, cuando un hombre de edad avanzada sacó una llave y abrió la puerta. En un impulso, Ramón se situó tras él y accedió al interior del edificio.

Ambos entraron en el ascensor; el hombre pulsó el número cinco, mientras Ramón pulsó el número tres. Según la información que tenía, la fiesta se celebraba en el tercero izquierda. Al llegar al tercer piso, Ramón se despidió con un tímido "hasta luego" y giró hacia su izquierda.

La puerta del apartamento donde se celebraba la fiesta estaba ligeramente entornada, y se escuchaban algunas voces en su interior. En

ese momento, Ramón sintió tal ansiedad que la que había sentido anteriormente no era nada en comparación. Finalmente, se dio por vencido, dio media vuelta y abrió de nuevo la puerta del ascensor. Definitivamente, aquellas situaciones sociales no eran para él.

Sin embargo, en el último momento cambió de idea. Al fin y al cabo, no había hecho el esfuerzo de caminar hasta allí para nada. Se armó de valor y se situó frente a la puerta. Cerró los ojos, inspiró profundamente y contó hasta tres. En ese momento, empujó la puerta con fuerza y hasta quedar plenamente visible.

Lo que vio dentro lo sorprendió: a pesar de que se había imaginado una fiesta multitudinaria, en el interior solo se encontraban dos chicos y una chica, aproximadamente de su edad. El más alto de los dos chicos sonrió y dijo amablemente:

-Hola, bienvenido, ¿cómo te llamas?

Ramón sintió tal nerviosismo que se orinó ligeramente encima, aunque las demás personas no lo notaron. Al fin alcanzó a decir:

-Lo siento, creo que me he confundido.

Dio media vuelta y bajó las escaleras corriendo. Salió del edificio y corrió y corrió hasta que no le quedaron fuerzas en las piernas. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Solo era un cobarde, con esa actitud jamás iba a mejorar su vida. Andaba con la cabeza gacha, inmerso en sus cavilaciones, cuando de pronto un brazo lo agarró con fuerza del cuello. No le dio tiempo a reaccionar, pues enseguida notó el contacto del cañón de una pistola en su sien, y una voz de hombre le susurró al oído:

-No hagas ningún ruido. Como te atrevas a gritar, te pego un tiro aquí mismo. Sube al coche.

# Capítulo 2